

la arquitectura de la educación superior, el caso uam-x

*luis porter galetar **

Esta participación se refiere al papel que juegan las instalaciones físicas en nuestro trabajo universitario. El tema ha sido discutido muchas veces, aunque no sé si en foros como este, pero en la medida en que lo vivimos cada día es un tema actual, y si no actual cotidiano, tan cotidiano que corre peligro de dejar de ser un tema para convertirse en una realidad asumida, asimilada, que obliga a esta especie de resignación que nos caracteriza.

Considero, por lo tanto, que se trata de un tema sobre el que debemos de insistir no con la mira de volver a enlistar las carencias, los errores o las contradicciones que la arquitectura de nuestra Universidad a todas luces ostenta sino, por el contrario, ver a nuestra planta física como una infraestructura que responde a determinados conceptos, a determinada "racionalidad técnica" y también política que deberíamos analizar y revisar si es que la pretendemos rehacer y transformar.

Vamos a proponer dos hipótesis principales sobre la concepción que los arquitectos del Capfce pudieron tener, conscientemente o no, cuando proyectaron y construyeron esta Universidad.

Hipótesis uno. La solución de la UAM, a base de "crujías" en la que a lo largo de corredores se alinean aulas, responde a un concepto de educación similar al que se aplica en la solución arquitectónica de las cárceles: la idea es que el estudiante es un individuo que debe formarse o reformarse, para lo cual es necesario abs-

traerlo, alejarlo de la sociedad durante un determinado tiempo y, paradójicamente, incluso de sus semejantes, para que una vez cumplida dicha condena se reintegre, ya educado, al grupo social del que proviene.

Ilustra esta hipótesis el hecho concreto de que las cárceles tienen en su planta arquitectónica soluciones similares a la de nuestra Universidad, donde el concepto de celda y el de aula se igualan. Inclusive podemos ver que este concepto de aislar al individuo tanto de un contexto como de sus semejantes es un elemento obligado en la solución de los hospitales. Estos también se conforman como celdas unidas por largos pasillos.

Vemos entonces que escuela, cárcel y hospital, en la medida que ven al individuo desde una perspectiva similar asumen formas arquitectónicas similares.

Hipótesis dos. Las universidades, ya se ha dicho muchas veces, son instituciones que han prevalecido en el tiempo con una marcada resistencia al cambio. Como instrumento de la sociedad, por otra parte, las universidades han constituido una fuerza mayor en el desarrollo del conocimiento humano y en explorar sus aplicaciones a las necesidades humanas. Docencia e investigación son símbolos de cambio y de progreso pero paradójicamente la universidad en sí misma cambia muy lentamente.

Internamente las universidades son el microcosmos de la sociedad en su conjunto, sujetas no tan sólo a

presiones externas, sino en mayor medida reflejando las actitudes y los valores en frecuente conflicto tanto de sus estudiantes como de sus profesores. Hasta hace relativamente poco tiempo la universidad se definía como una comunidad de académicos. Estos académicos que constituían la conciencia de la sociedad se agrupaban en espacios que permitían el diálogo, el flujo de ideas, que es la base sustancial del cambio y de la innovación. Espacios en donde era posible la libertad, la libertad académica, la libertad de comunicación, de expresión, de organización.

Parece imposible pensar que la comunidad académica pueda mantenerse aislada de la sociedad en que vive y mucho menos aislada entre sí. Sin embargo, una segunda hipótesis sobre el concepto que subyace en la arquitectura de la UAM se refiere al control que se ha tratado de ejercer sobre las universidades, sobre la comunidad académica, tanto desde afuera como desde adentro. Y pienso que el diseño arquitectónico de esta Universidad es una forma de control externo que propicia mecanismos de control interno autoimpuestos. Es más, sostendría en esta hipótesis que es más preocupante el conformismo interno al que determinada forma obliga al impedir un libre ejercicio intelectual, que las presiones que provienen del exterior. La arquitectura actual y la organización, tal como está operando en la Unidad Xochimilco, corre el grave peligro de propiciar que nos convirtamos en una fábrica para la producción de gente técnica-

mente entrenada, donde la inventiva, la creatividad queda marginada.

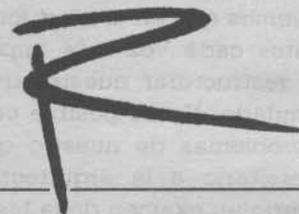
La fábrica es otro tipo de construcción que también responde a una tipología donde pasillos y "crujías" juegan un papel importante.

La segunda hipótesis plantearía entonces que además de esta concepción carcelaria a la que alude la hipótesis uno, la organización interna de las universidades como la UAM, donde se ha tratado de dar al departamento preeminencia sobre la disciplina, permite concebir al aula como una celda de usos múltiples, numerada, que en ciertas horas sirve como escuela de arquitectura; en otras como taller de investigación social, o como seminario de salud pública. La organización departamental que en Estados Unidos se desarrolla casi enteramente a lo largo de líneas disciplinarias, es decir, por departamento, carrera o carreras, ha resultado ser funcional, pero quita identidad a lo que aquí entenderíamos por programas o escuelas y produce formas como la que hoy criticamos.

El Instituto Tecnológico de Massachusetts es un ejemplo claro de esta universidad-fábrica, compuesta casi enteramente por aulas numeradas unidas por largos pasillos por donde vemos correr constantemente a estudiantes que no tienen tiempo para

hablar entre ellos. Este ha sido un problema tan grave que el MIT ha invertido enormes sumas en la búsqueda de crear espacios de reunión, donde se propicie el diálogo y la interacción entre estudiantes; conducta que la misma concepción educativa de este instituto, donde eficiencia y productividad individual son las reglas de juego básicas, no busca pero cuyo precio es alto y trata de encontrar una medición con base en transformar determinados espacios en lugares de encuentro y comunicación.

Quizás el modelo colegiado que caracteriza a la UAM en su organización y el intento de relacionar departamentos con carreras en forma matricial sea una forma muy avanzada e ideal, pero las soluciones arquitectónicas que este modelo induce evitan a que los estudiantes se identifiquen con determinado espacio que estimule su integración en grupos, y lo mismo hace de los profesores. Esta neutralización me parece demasiado obvia en el caso de la UAM, cuya disposición en *campus* separados entre sí y ubicados en la periferia del DF (si es que esta periferia aun existe) no puede verse sino como el intento de controlar esta peligrosa reunión de jóvenes y de académicos. La solución interna de cada *campus*,



por lo tanto, debe responder también a determinada estrategia político arquitectónica.

Si agregamos a estas concepciones que se hicieron en un principio el modelo educativo de Xochimilco con su sistema modular y todo lo que este conlleva en términos físicos-espaciales, podemos concluir que nuestras instalaciones constituyen (no sólo por lo que les falta sino por lo que tienen) un impedimento mayor para el ejercicio de las actividades académicas, una barrera ya no digamos para la interdisciplina, sino para el mero contacto entre profesores y entre estudiantes así como entre ambos. No es aventurado afirmar que gran parte de la falta de organizaciones estudiantiles en la UAM ocurre por la ausencia de espacios adecuados. Ni es aventurado decir que el énfasis en la docencia, en conocer antes que en investigar, tiene que ver con el carácter estático de la enseñanza en el aula, porque de aulas estáticas es como se compone nuestra Universidad, aulas rígidas que no propician la enseñanza que queremos. Espacios estáticos en lugar de espacios dinámicos y flexibles que el sistema modular requiere.

No hay tiempo para entrar en consideraciones estéticas y mucho menos técnicas, como problemas de iluminación, de acústica, de temperatura, etcétera.

Digamos para resumir, que poseemos una infraestructura inadecuada, concebida para ejercer determinado control sobre las actividades y desarrollo de nuestra Universidad. En la medida en que forma y función son una misma cosa, esta institución ha tendido a ignorar el poder que internamente posee, así como sus posibilidades. Han sido las alianzas informales las que han movido algu-



nas esferas de esta institución. Pero hoy vemos que en el nivel formal hay intentos cada vez más importantes para reestructurar nuestro trabajo, y estimularlo. No es posible culpar de los problemas de nuestro quehacer universitario a la arquitectura, sin embargo un examen de la historia de nuestras acciones sugeriría que ellos han surgido no tanto de la dificultad inherente de cruzar nuestros particulares y restringidos territorios, sino de los errores políticos que implica ignorar la fuerza que cada departamento, cada sector y cada programa o área posee.

Existen y se encuentran en elaboración proyectos dedicados exclusivamente a la transformación física de esta Unidad, hechos profesionalmente y desarrollado en una multitud de planos listos para su ejecución. En la División de Diseño existen profesores

con larga experiencia dispuestos a rediseñar, con criterios realistas y dentro de las posibilidades que lo construido permite, nuestro entorno. Estoy seguro que así como existe gente preocupada por este tipo de cambios, en cada división hay gente preocupada por promover la actividad interdivisional, interdepartamental de la que tanto hemos hablado. Pienso que para salir de su etapa de pura sobrevivencia, la UAM tiene que buscar el cambio en nuestras rutinas, la mayor involucración con nuestras tareas docentes y de investigación. Desde mi punto de vista esto es algo inevitable. Este cambio podrá tomar la forma de un realineamiento y una redefinición de nuestras actividades tradicionales. Quizás en alguna medida hemos internalizado a partir del uso cotidiano de nuestros edificios este concepto de cárcel, de hospital o

de fábrica que alguien nos impuso. En la medida que salgamos de nuestra "celda" y logremos cambiar y dar a nuestro trabajo la dinámica que requiere, contribuiremos a que el espacio que hoy estamos criticando también cambie. Porque si bien el espacio construido tiene una influencia importante y decisiva sobre nuestra conducta, en última instancia será nuestra práctica pedagógica, nuestro quehacer como investigadores, como científicos, como académicos, lo que será capaz de transformar nuestro entorno y darle el sentido que hoy parece faltarle.

* Jefe del Departamento de Tecnología y Producción, adscrito al Departamento de Síntesis Creativa, UAM-X.

